

traducción de
BERTHA RUIZ DE LA CONCHA

¿TIENE FUTURO EL CAPITALISMO?

por
IMMANUEL WALLERSTEIN
RANDALL COLLINS
MICHAEL MANN
GEORGI DERLUGUIAN
CRAIG CALHOUN

EJEMP.	OVS
PAGINAS	246
PROVEEDOR	CAAMN
NUM FACTURA	A 43193
ISBN	9786070306525
CLAVE BIBLIOTECA	70

 **siglo veintiuno**
editores

HB501 W3218 59 39025 4-1776556



siglo xxi editores, méxico
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina
GUAYBÁNA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

antropos editorial
LEPANT 241-243, 08013 BARCELONA, ESPAÑA
www.antropos-editorial.com

FIB501
W4518
2015

Wallerstein, Immanuel
*¿Tiene futuro el capitalismo ? / Immanuel Wallerstein,
Randall Collins, Michael Mann, Georgi Derluguian,
Craig Calhoun ; traducción de Bertha Ruiz de la Concha.
— México : Siglo XXI Editores, 2015.*

— 247 p. — (Sociología y política)
Traducción de: *Does capitalism have a future?*

ISBN-13: 978-607-03-0652-5

1. Capitalismo. 2. Capitalismo – Filosofía.
I. Collins, Randall, autor. II. Mann, Michael, autor. III.
Derluguian, Georgi, autor. IV. Calhoun, Craig, autor. V.
Ruiz de la Concha, Bertha, traductor VI. t. VII. ser

primera edición en español, 2015

© siglo xxi editores, s.a. de c.v.
isbn 978-607-03-0652-5
título original: *does capitalism have a future?*

derechos reservados conforme a la ley
impreso en litográfica Ingramex, s.a. de c.v.
centeno 162-1
col. granjas esmeralda
09810 méxico, d.f.

EL PRÓXIMO GRAN VIRAJE

Introducción colectiva

IMMANUEL WALLERSTEIN, RANDALL COLLINS,
MICHAEL MANN, GEORGI DERLUGUIAN y CRAIG CALHOUN

Los próximos decenios nos depararán sorpresas y retos enormes; algunos parecerán nuevos, otros muy antiguos. Muchos presentarán dilemas políticos y elecciones difíciles sin precedentes. Aunque esto podría comenzar a ocurrir pronto y ciertamente definirá la vida adulta de los jóvenes actuales, afirmamos que no será necesaria ni únicamente negativo. Las oportunidades que tuvieron las generaciones pasadas de hacer las cosas de manera diferente volverán a surgir en los siguientes decenios. En el presente libro exploramos y argumentamos, sobre la base de nuestro conocimiento sociológico de la historia mundial, lo que probablemente serán estos retos y estas oportunidades. En el fondo, lo más preocupante es que con el fin de la guerra fría, hace casi tres décadas, dejó de estar de moda —en realidad se ha vuelto motivo de vergüenza— discutir los posibles futuros del mundo y, sobre todo, las perspectivas del capitalismo.

Los cinco autores nos reunimos para escribir este insólito libro porque algo importante se cierne en el horizonte: una crisis estructural mucho mayor que la reciente Gran Recesión que, en retrospectiva, podría parecer tan sólo el prólogo a un periodo de problemas y transformaciones más profundos. Immanuel Wallerstein explica las razones para predecir el colapso del sistema capitalista. Durante los próximos tres o cuatro decenios, los capitalistas del mundo, después de saturar los mercados globales y presionados por los costos sociales y ecológicos de hacer negocios, podrían verse imposibilitados para tomar sus decisiones de inversión como de costumbre. Desde hace cinco siglos, el capitalismo ha sido la economía de mercado cosmopolita y explícitamente jerárquica, dentro de la cual todos los operadores de élite favorablemente ubicados en su centro geográfico han logrado

obtener ganancias enormes y razonablemente seguras. No obstante, argumenta Wallerstein, esta situación histórica, por dinámica que sea, llegará a sus límites sistémicos, como ha ocurrido con todos los sistemas a lo largo de la historia. Conforme a su hipótesis, el capitalismo podría terminar con la frustración de los propios capitalistas.

Randall Collins se enfoca en un mecanismo más específico que pone en peligro el futuro del capitalismo: las repercusiones políticas y sociales de que dos tercios de las clases medias educadas, tanto en Occidente como en el mundo entero, padezcan de desempleo estructural porque sus trabajos queden desplazados por la nueva tecnología de la información. Los estudiosos de la economía han observado la reciente reducción de la clase media, aunque tienden a dejar el asunto en un clamor vago de soluciones políticas. Collins considera de manera sistemática los cinco escapes que en el pasado han salvado al capitalismo de los costos sociales de impulsar la innovación tecnológica. Ninguno de los escapes conocidos parece lo bastante fuerte para compensar el desplazamiento tecnológico de los trabajos administrativos y del sector servicios. El capitalismo de los siglos XIX y XX mecanizó el trabajo manual pero lo compensó con el aumento de trabajos de clase media que exigían grados académicos. En el siglo XXI, la trayectoria de la tecnología de punta es empujar a la clase media hacia la redundancia, y esto nos lleva a otra hipótesis. ¿Acaso el fin del capitalismo podría deberse a que ha perdido su amortiguador político y social en las clases medias?

Craig Calhoun afirma lo contrario, que un capitalismo reformado podría salvarse. Calhoun elabora sobre el punto, que los cinco reconocemos, que el capitalismo no es únicamente una economía de mercado, sino una economía *política*. Su marco institucional depende de elecciones políticas. Las contradicciones estructurales tal vez sean inherentes a la operación de mercados complejos, pero es en el ámbito político que podrán remediarse, o bien dejarse libres hasta su destrucción. En otras palabras, o bien una facción lo bastante ilustrada de capitalistas hace frente a sus costos sistémicos y responsabilidades, o deberán enfrentar las consecuencias de continuar comportándose como oportunistas irresponsables, lo cual ha sido posible desde que los retos

liberales y de izquierda se debilitaron hace una generación. Qué tan radical será el viraje del capitalismo contemporáneo para renovar el sistema futuro es una pregunta abierta. Una posibilidad es una economía socialista centralizada, aunque sería más probable un capitalismo al estilo chino. Los mercados podrán seguir existiendo aun cuando las formas de propiedad y finanzas específicamente capitalistas hayan desaparecido. El capitalismo podría sobrevivir, aunque perdiendo parte de su capacidad de impulsar la integración económica global.

Michael Mann está en favor de una solución socialdemócrata para los problemas del capitalismo, aunque también subraya problemas más profundos que surgen de las múltiples causas que originan el poder y que incluyen, además del capitalismo, la política, la geopolítica militar, la ideología y la multiplicidad de regiones mundiales. Tal complejidad, a ojos de Mann, hace impredecible el futuro del capitalismo. La amenaza permanente, que es totalmente predecible, es la crisis ecológica que aumentará en el siglo XXI, y que probablemente tomará la forma de guerras por agua y comida, por contaminación y migración masiva de poblaciones enteras, lo que abre la posibilidad a reacciones totalitarias e incluso a guerras con armas nucleares. Mann vincula lo anterior con la preocupación central del libro: el futuro del capitalismo. De acuerdo con su análisis, la crisis del cambio climático es sumamente difícil de detener porque proviene de todas las instituciones dominantes que se han vuelto globales —el capitalismo como una búsqueda irrestricta de ganancias, estados-nación autónomos que insisten en su soberanía y consumidores con derechos que legitiman tanto a los estados modernos como a los mercados. Por ende, la solución a la crisis ecológica exige un cambio drástico de las condiciones institucionales de la vida actual.

Todas éstas son proyecciones estructurales parecidas a las “pruebas de resistencia” de la ingeniería civil o, como todos hemos escuchado, de la banca. Ninguno de los cinco autores elaboramos nuestro pronóstico del capitalismo en términos condenatorios ni de alabanza. Ciertamente tenemos nuestras convicciones morales y políticas pero, en tanto sociólogos históricos, reconocemos que la suerte de las sociedades humanas,

por lo menos en los pasados diez mil años —más allá del nivel elemental de grupos de cazadores-recolectores— no ha dependido del bien o el mal que hayan generado. Nuestro debate no se refiere a si el capitalismo es mejor o peor que cualquier sociedad que haya existido hasta hoy. La pregunta es, ¿tiene futuro?

Esta pregunta hace eco de una antigua predicción. La expectativa del colapso capitalista era parte medular de la ideología oficial de la Unión Soviética, que se derrumbó. ¿Acaso esto garantiza el futuro del capitalismo? Georgi Derluguian muestra el lugar real del experimento soviético en el panorama amplio de la geopolítica mundial, que terminó por provocar su autodestrucción. También explica cómo China evitó el colapso del comunismo a la vez que se convirtió en el más reciente milagro del crecimiento capitalista. El comunismo no fue una alternativa viable al capitalismo. Y la manera como el bloque soviético acabó abruptamente después de 1989, con grandes movilizaciones populares y pánico ciego entre las élites, posiblemente sugiere algo importante sobre el futuro político del capitalismo.

El libro no presenta escenarios cataclísmicos. A diferencia de los expertos en negocios y seguridad, que hacen proyecciones de corto plazo cambiando las variables preestablecidas, consideramos que los escenarios específicos son inútiles. Los acontecimientos son demasiado eventuales e impredecibles porque dependen de la voluntad de muy diversos individuos y circunstancias. Únicamente pueden calcularse las dinámicas estructurales más profundas. Dos de nosotros, Collins y Wallerstein, quienes ya no ven un escape para el capitalismo, predijeron en 1970 el fin del comunismo soviético, aunque nadie podía predecir la fecha ni el hecho de que serían los propios miembros del Comité Central quienes destrozaban de manera irracional sus antiguas industrias y su lugar como superpotencia. Este resultado era impredecible porque no tenía por qué haber ocurrido así.

Encontramos esperanza frente a la fatalidad exactamente en la medida en que nuestro futuro no está determinado políticamente. La crisis sistémica cunde y sacude las restricciones estructurales que son en sí la herencia palpable de pasados dilemas y de decisiones institucionales de generaciones previas. Seguir como de costumbre resulta insostenible y, en semejantes coyun-

turas históricas, se presentan diversos caminos. Así como el capitalismo ha recurrido a la destrucción creativa de tecnologías y modos de producción antiguos, también ha sido el origen de la desigualdad y la degradación ambiental. Una profunda crisis del capitalismo podría representar la oportunidad para reorganizar los asuntos mundiales de la humanidad con más justicia social y un planeta más habitable.

Nuestra gran controversia es que los sistemas históricos pueden tener maneras más o menos destructivas de extinguirse y metamorfosearse en algo más. La historia de las sociedades humanas pasó por estallidos revolucionarios, momentos de desarrollo expansivo y dolorosos y largos periodos de estancamiento o incluso involución. Por más indeseables que resulten, estos últimos podrían ser los posibles resultados futuros de una crisis global. Las estructuras políticas y económicas del capitalismo actual sencillamente podrían perder su dinamismo frente a costos y presiones sociales cada vez más elevados. Estructuralmente, esto podría llevar a la fragmentación del mundo en bloques defensivos, opresores y xenófobos en su interior. Algunos podrían verlo como el choque de civilizaciones, otros como la realización de la antiutopía orweliana de 1984, puesta en marcha por las tecnologías más modernas de supervisión electrónica. Las maneras de restablecer el orden social en medio de un conflicto extremo podría abarcar reminiscencias del fascismo, aunque también la posibilidad de una democracia más amplia. Es esto lo que quisimos subrayar, más que nada, en este libro.

En decenios recientes, la opinión prevalente en la política y las ciencias sociales convencionales ha sido que ni siquiera vale la pena pensar en ningún cambio estructural importante. La economía neoclásica basa sus modelos en la suposición de un universo social virtualmente inamovible. En momentos de crisis, los ajustes políticos y las innovaciones siempre han renovado el capitalismo. Esto es, no obstante, sólo una generalización empírica. Que el capitalismo haya existido como un sistema durante 500 años no comprueba que durará para siempre. Los críticos enfocados en la cultura y la filosofía de diversas tendencias posmodernistas, que surgieron como un contramovimiento en el decenio de 1980 —cuando las esperanzas utópicas de 1968

habían dado paso a la frustración y el comunismo soviético se encontraba en franca crisis— acabaron por compartir la misma suposición sobre la permanencia del capitalismo, aunque no sin una gran dosis de desesperanza existencial. En consecuencia, los posmodernistas enfocados en la cultura perdieron la voluntad de buscar de frente las realidades estructurales. En el capítulo de conclusiones regresaremos a una discusión más detallada de la situación mundial actual, incluyendo su clima intelectual.

Hemos tenido la intención deliberada de darle un estilo accesible a este libro, ya que pretendemos abrir nuestros argumentos a una discusión más amplia. La elaboración de argumentos, con notas al pie, puede encontrarse en las monografías escritas por cada uno de nosotros. El área en la que hemos realizado gran parte de nuestra investigación profesional suele llamarse análisis de sistemas mundiales o sociología macrohistórica. Los sociólogos macrohistóricos estudiamos los orígenes del capitalismo y la sociedad moderna, así como la dinámica de los antiguos imperios y civilizaciones. Al observar los patrones sociales en el largo plazo, confirmamos que la historia de la humanidad ha pasado por numerosas contradicciones y conflictos que durante largos periodos han cristalizado en configuraciones de estructuras interrelacionadas, siempre transitorias. Fue en este punto en el que logramos suficientes acuerdos para escribir conjuntamente la introducción y las conclusiones del libro. Pero también tenemos nuestras teorías y áreas de especialidad respectivas, y las opiniones resultantes se reflejan en cada uno de los capítulos. Este breve libro no es un manifiesto a una voz, sino un debate entre iguales sobre la base de nuestro conocimiento sobre el pasado y presente de las sociedades humanas. Es, por consiguiente, una invitación para cuestionar seria y abiertamente cuál podría ser el próximo gran viraje en la historia mundial.

¿Estamos profetizando algún tipo de socialismo? La respuesta razonada, más que involucrar una polémica inútil derivada de la fe ideológica, debe tener dos partes. La primera es que no se trata de una profecía, porque insistimos en apegarnos a las reglas del análisis científico. En este caso, significa mostrar con razonable exactitud por qué las cosas podrían cambiar y cómo pasamos de una situación histórica a otra. ¿Acaso el destino final

será el socialismo? Nuestras líneas de razonamiento se extienden al mediano plazo de las próximas décadas. Randall Collins pregunta: ¿qué podría revertir la destitución que pende sobre las clases medias, cuyo papel en la organización del mercado para obtener ganancias puede volverse redundante a causa de la tecnología? Podría ser una reorganización socialista de la producción y la distribución —esto es, una economía política coordinada de manera consciente y colectiva para darle relevancia a la mayoría de las personas—. Es, por ende, la extensión estructural de los problemas del capitalismo avanzado que hacen al socialismo el candidato más probable para sustituir al capitalismo. Mas las lecciones que nos dejaron las experiencias de los estados socialdemócratas y comunistas del siglo xx no pueden olvidarse. El socialismo tuvo sus propios problemas, principalmente debido a una excesiva centralización organizativa que favoreció el despotismo político y la pérdida paulatina de dinamismo económico. Incluso si la crisis del capitalismo se resuelve en la línea del socialismo, los problemas de este último volverán a ser el centro de atención. Aventurándose a un plazo más largo, Collins sugiere que el propio socialismo no durará para siempre, y que el mundo oscilará entre diversas formas de capitalismo y socialismo, con sus propias desventajas.

En proyecciones optimistas diferentes, Craig Calhoun y Michael Mann ven la posibilidad de una alianza de estados nacionales frente a los desastres ecológicos y nucleares. Afirman que esto podría asegurar la vitalidad del capitalismo en una versión global socialdemócrata más benigna. Al margen de lo que venga después del capitalismo, Georgi Derluguian muestra por qué nunca podría parecerse al modelo comunista. Afortunadamente, las condiciones históricas del “socialismo aislacionista” al estilo soviético han desaparecido, junto con las confrontaciones geopolíticas e ideológicas del siglo pasado. No obstante, Immanuel Wallerstein considera que es intrínsecamente imposible predecir lo que sustituirá al capitalismo. Las opciones son un sistema no capitalista que, sin embargo, conservaría las características jerárquicas y polarizantes del capitalismo, o un sistema relativamente democrático e igualitario. Posiblemente, varios sistemas mundiales surgirán de la transición. Calhoun también

afirma que podrían desarrollarse sistemas más flexibles que hagan frente a los trastornos provocados por las amenazas externas y los riesgos internos del capitalismo. Esta opinión contradice la de la mayoría de los autores, de que el mundo se ha vuelto irreversiblemente global. Pero, ¿cuál es la teoría que apoya esta controversia ideológica?

Los pensadores y líderes políticos del siglo xx, de todas las corrientes ideológicas, demostraron estar equivocados en su convicción de que hay un solo camino hacia el futuro, como argumentaron e intentaron imponer los fervientes apólogos del capitalismo, el comunismo y el fascismo. Ninguno de nosotros suscribe la visión utópica de que todo es posible para el ser humano. No obstante, es posible demostrar que nuestras sociedades pueden organizarse de diversas formas. El resultado depende, en gran medida, de la visión y voluntad política que prevalezca después de las grandes crisis que dan lugar a los hitos históricos de la humanidad. En el pasado, estos momentos significaban generalmente colapso y revolución. Ninguno de los cinco autores dudamos de que las pasadas revoluciones que ocurrieron en diferentes estados y, a menudo, con una gran violencia, anticipen la política futura de la crisis del capitalismo a escala global. Darnos cuenta de ello nos infunde la esperanza de que las cosas podrían hacerse mejor en el futuro.

El capitalismo no es un lugar físico, como un palacio o un distrito financiero, que podría ser tomado por asalto por una multitud revolucionaria, ni confrontado con manifestaciones idealistas. Tampoco es un grupo de políticas "sanas" que deben adoptarse y corregirse, tal como lo prescriben los editoriales de negocios. Es una antigua ilusión ideológica de muchos liberales y marxistas que el capitalismo es una ecuación simple que equivale a mano de obra en una economía de mercado. Esta fue la creencia básica de todos los sectores en el siglo xx y ahora estamos viviendo sus consecuencias dañinas. Los mercados y la mano de obra existían mucho antes que el capitalismo, y la coordinación social a través de los mercados seguramente sobrevivirá al capitalismo. Nosotros sostenemos que el capitalismo es tan sólo una configuración histórica de mercados y estructuras de Estado, donde obtener ganancias privadas casi por cualquier

medio es la meta fundamental y la medida del éxito. Aún es posible lograr una organización de mercados y de la sociedad diferente y más satisfactoria.

Las bases para esta afirmación se encuentran en este libro y en nuestros escritos previos. Mas, por el momento, permíannos ofrecerles una breve fábula histórica. Desde la antigüedad, al menos desde que soñaban con la justicia social, los seres humanos fantaseaban con volar. Esto fue una fantasía durante varios milenios. Luego llegó la era de los globos y dirigibles. Durante cerca de un siglo, la gente experimentó con estos artefactos. Los resultados, como sabemos, fueron desde positivos hasta desastrosos. Pero ahora había ingenieros, científicos, y la estructura social que apoyaba y estimulaba su capacidad de invención. El parteaguas llegó con el nuevo tipo de motores con alas de aluminio. Hoy todos podemos volar, aunque la mayoría vayamos atrapados en los apretujados asientos de clase turista, mientras que sólo los osados pueden vivir la emoción del vuelo autónomo piloteando aviones pequeños o parapentes. La posibilidad de volar también le trajo a la humanidad los horrores de los bombardeos aéreos y los misiles... la tecnología propone pero el ser humano dispone. Los viejos sueños pueden convertirse en realidad, aunque esto también nos impone nuevas y difíciles elecciones. No obstante, el optimismo es una condición histórica necesaria para movilizar la energía emocional en un mundo que enfrenta la elección entre oportunidades estructuralmente divergentes. Los avances son posibles cuando se da suficiente apoyo y atención pública a la posibilidad de pensar y discutir diseños alternativos.

1. LA CRISIS ESTRUCTURAL, O POR QUÉ LOS CAPITALISTAS YA NO ENCUENTRAN GRATIFICANTE AL CAPITALISMO

IMMANUEL WALLERSTEIN
Yale University

El análisis siguiente está basado en dos premisas. La primera es que el capitalismo es un sistema y, como todos los sistemas, tiene una vida determinada, no es eterno. La segunda es que afirmar que el capitalismo es un sistema significa que ha operado conforme a reglas específicas durante aproximadamente 500 años de existencia. Intentaré describir estas reglas brevemente.

Los sistemas tienen cierto plazo de vida. Ilya Prigogine lo expresó de manera sucinta: "Tenemos una era, nuestra civilización tiene una era, nuestro universo tiene una era..."¹ Esto significa, me parece, que todos los sistemas, desde los infinitesimalmente pequeños hasta los más grandes que conocemos —el universo— incluyendo los sistemas sociales históricos de tamaño medio, deben analizarse conforme a tres diferentes momentos cualitativos: el momento en que cobran existencia; su funcionamiento durante su vida "normal" —el momento más largo— y el momento de dejar de existir: la crisis estructural. En este análisis de la situación actual del sistema-mundo moderno, la explicación de su inicio no corresponde a nuestro tema. No obstante, sí abordaremos los otros dos momentos de su vida —las reglas del funcionamiento del capitalismo durante su vida "normal" y la modalidad de dejar de existir.

Nuestro argumento es que, una vez que comprendemos cuáles han sido las reglas que le han permitido al sistema-mundo moderno operar como un sistema capitalista, entenderemos por qué se encuentra actualmente en la etapa terminal de crisis estructural. Podemos, entonces, sugerir cómo ha funcionado esta

¹ Ilya Prigogine, *The End of Certainty: Time, Chaos, and the New Laws of Nature*, Nueva York, The Free Press, 1996, p. 166.

etapa terminal y cómo es probable que continúe funcionando durante los próximos veinte a cuarenta años.

¿Cuáles son las características definitorias, el *sine qua non* del capitalismo como un sistema, el sistema-mundo moderno? Muchos estudiosos se enfocan en una institución única que consideran crucial: la mano de obra asalariada. O bien, la producción para el intercambio o para las ganancias. O una lucha de clases entre empresarios/capitalistas/burgueses y obreros asalariados/proletarios desposeídos. O un mercado "libre". En mi opinión, ninguna de estas características definitorias tiene mucho sustento.

Las razones son muy sencillas. Desde hace miles de años, en todo el mundo ha habido mano de obra asalariada, no sólo en el mundo moderno. Aún más, en el sistema-mundo moderno abunda la mano de obra no asalariada. Durante miles de años, en todo el mundo se ha producido para obtener ganancias, pero nunca ha sido la realidad dominante de ningún sistema histórico. El "libre mercado" es, sin duda, un mantra del sistema-mundo moderno, pero los mercados nunca han estado exentos de regulación gubernamental ni de consideraciones políticas, ni hubieran podido estarlo. Ciertamente hay lucha de clases en el sistema-mundo moderno, pero la descripción del burgués-proletario de las clases contendientes tiene un marco demasiado estrecho.

En mi opinión, para que un sistema histórico pueda considerarse como un sistema capitalista, la característica dominante o decisiva debe ser la búsqueda persistente de una acumulación *interminable* de capital —la acumulación de capital para seguir acumulando más capital—. Y para que esta característica tenga vigencia, debe haber mecanismos que penalicen a cualquier actor que intente operar con otros valores u otros objetivos, de manera que tarde o temprano sea eliminado de la escena o, al menos, se restrinja considerablemente su capacidad para acumular cantidades significativas de capital. Todas las diversas instituciones del sistema-mundo moderno actúan para promover, o al menos se ven restringidas por la presión de promover, una acumulación interminable de capital.

La prioridad de acumular capital para seguir acumulando

aún más capital me parece un objetivo absolutamente irracional. Decir que es irracional, en mi apreciación de lo que significa una racionalidad material o sustantiva (la *materielle Rationalität* de Weber) no significa que no pueda funcionar (la racionalidad formal de Weber), en el sentido de poder mantener un sistema histórico, al menos durante un lapso considerable. El sistema-mundo moderno ha estado vigente durante unos 500 años y, en términos de su principio rector de acumulación interminable de riqueza, ha tenido un gran éxito. No obstante, como comentaremos, el periodo de su capacidad para continuar operando sobre esta base está llegando a su fin.

EL CAPITALISMO DURANTE SU FASE DE FUNCIONAMIENTO "NORMAL"

¿Cómo ha funcionado el capitalismo en la práctica? Todos los sistemas son fluctuantes. Esto es, la maquinaria del sistema se desvía constantemente de su punto de equilibrio. El ejemplo de esto, con el que la mayoría de la gente está familiarizada, es la fisiología del cuerpo humano. Inspiramos y después espiramos. Pero hay mecanismos en el cuerpo humano, y en el sistema-mundo moderno, para devolver el equilibrio al funcionamiento del sistema; ciertamente, un equilibrio movedido, pero equilibrio a fin de cuentas. Lo que consideramos el momento del funcionamiento "normal" de un sistema es el periodo durante el cual la presión para volver al equilibrio es mayor que cualquier presión de alejarse de dicho equilibrio.

En el sistema-mundo moderno hay muchos mecanismos semejantes. Los dos más importantes —en el sentido de que son los determinantes para el desarrollo histórico del sistema— son los que yo denominaría los ciclos de Kondratiev y los ciclos hegemónicos, que funcionan de la siguiente manera.

Abordaremos primero los ciclos de Kondratiev: con el propósito de acumular cantidades importantes de capital, los productores necesitan un cuasimonopolio. Únicamente con este cuasimonopolio pueden vender sus productos a precios muy su-

periores a los costos de producción. En sistemas verdaderamente competitivos, con un flujo plenamente libre de los factores de producción, un comprador inteligente puede encontrar vendedores que ofrezcan sus productos con una utilidad mínima, o incluso por debajo del costo de producción. No puede haber una verdadera utilidad en un sistema perfectamente competitivo. La verdadera utilidad exige límites al libre mercado, esto es, al cuasimonopolio.

No obstante, sólo es posible establecer cuasimonopolios bajo dos condiciones: 1] el producto es una innovación para la cual existe —o puede inducirse, de manera que exista— un número razonablemente grande de compradores dispuestos; y 2] uno o más estados poderosos están dispuestos a usar su poder para impedir —o al menos limitar— la entrada de otros productores al mercado. En breve, los cuasimonopolios sólo pueden existir en un mercado que no esté “libre” del involucramiento del Estado.

A estos productos cuasimonopólicos les hemos llamado “productos líderes”, porque determinan un gran porcentaje de la actividad económica del sistema mundial —por su propio derecho y por medio de sus nexos en su país y en el extranjero—. Cuando se establecen estos cuasimonopolios, sigue una expansión del “crecimiento” en la economía-mundo y estas épocas se perciben en general como de “prosperidad”. Suelen ser períodos con altos niveles de empleo global porque los productores necesitan personal tanto para el cuasimonopolio como para establecer los vínculos, así como para que el personal empleado tenga un elevado consumo. Y aun cuando a algunas partes del sistema mundial y a algunos grupos dentro de él les va mejor, también la mayoría de las personas y grupos se benefician de este período de crecimiento generalizado en la producción, ya que la ola de bonanza los alcanza a todos.

El Estado puede hacer muchas cosas para crear y conservar un cuasimonopolio. Lo puede sancionar legalmente, por medio de un sistema de patentes u otras maneras de proteger la llamada propiedad intelectual. Le puede ofrecer asistencia directa, especialmente para fomentar la investigación y el desarrollo. Puede convertirse en el comprador principal, a menudo a precios inflados. Puede utilizar su fortaleza geopolítica para inten-

tar impedir que productores espurios de otros países los afecten.

Más las ventajas de un cuasimonopolio no duran para siempre. El problema sistémico de los productores es que, a la larga, estos cuasimonopolios se autoeliminan por una razón muy sencilla: si son tan rentables, obviamente otros productores intentarán a toda costa entrar en el mercado para participar de los beneficios. Hay muchas maneras de lograrlo. Si la base del cuasimonopolio es una nueva tecnología que se mantiene en secreto, pueden intentar robar el secreto o replicarlo. Si la fuerza geopolítica del país que protege al cuasimonopolio los mantiene al margen, pueden intentar recurrir a una fuerza geopolítica alternativa para contrarrestarlo, o bien pueden movilizar sentimientos antimonopólicos en el país protector.

Adicionalmente, si uno controla un cuasimonopolio, la preocupación más inmediata es evitar paros laborales, ya que esto significa una pérdida de capital importante, irrecuperable si los demás productores de un oligopolio no sufren de manera simultánea paros laborales. Esto les da a los trabajadores un arma poderosa para su constante búsqueda de mejores condiciones. En situaciones semejantes, los productores, en consecuencia, suelen encontrar que las concesiones a los trabajadores les resultan menos costosas que las huelgas aunque, a la larga, esto se refleja en un incremento constante en el costo de mano de obra, lo cual reduce el margen general de utilidad.

De una u otra manera, otros productores potenciales pueden desgastar la capacidad de los productores líderes para mantener el cuasimonopolio. Hasta ahora, esto se ha llevado entre 25 y 30 años. Pero, al margen del tiempo que la industria líder goce de protección, tarde o temprano llega un punto en el que el cuasimonopolio se ve afectado. Y esto trae aparejado, como lo predijeron los heraldos del capitalismo, una baja de los precios, que puede ser beneficiosa para los compradores pero resulta negativa para los vendedores. Lo que fuera un producto líder rentable se ha convertido en un producto competido en la escena mundial, mucho menos rentable.

¿Qué pueden hacer los productores? Una opción es negociar la ventaja de costos de transacción bajos por costos de producción bajos, lo cual generalmente significa cambiar la ubicación

de la producción, de una o más ubicaciones "centrales" a otras regiones del sistema-mundo donde los costos "históricos" de la mano de obra son más bajos. Es probable que las personas en estos nuevos sitios consideren la entrada a la cadena de producción mundial como un "desarrollo" para su país. Propiamente se considera una transferencia filtrada de las otrora —pero no más— industrias superredituables.

La reubicación de industrias es sólo un tipo de respuesta al cambio de condiciones. Los productores de las antes industrias líderes pueden intentar mantener al menos parte de su producción en países donde se ubicaban históricamente, especializándose en un subproducto de nicho que sea más difícil de reproducir rápidamente en otro lugar. También pueden negociar con la mano de obra de diversas maneras para bajar salarios, esgrimiendo la amenaza de cambiar la industria de ubicación, con el consiguiente desempleo para los trabajadores. En general, la capacidad de los trabajadores para defender las ventajas logradas durante el periodo de expansión de la economía-mundo se ve afectada por la mayor competitividad en el mercado mundial.

También es posible que, en parte o totalmente, los productores transfieran su búsqueda de capital de la esfera productiva —e incluso comercial— a la obtención de ganancias en el sector financiero. Hoy hablamos de esta "financiarización" como si fuera un invento de los años setenta, aunque en realidad es una práctica muy antigua en todas las fases B del ciclo de Kondratiev. Como lo ha demostrado Braudel, los capitalistas verdaderamente exitosos siempre han rechazado la "especialización" en la industria, el comercio o las finanzas, y prefieren diversificarse para moverse entre estos procesos conforme dicten las oportunidades.

¿Cómo se hace dinero en la esfera financiera? El mecanismo básico es prestar dinero con intereses. Las deudas más redituables para los prestamistas son aquellas en las que el deudor se excede en los créditos y, por consiguiente, únicamente puede pagar intereses mas no el capital. Esto le genera al prestamista un ingreso recurrente y cada vez mayor, hasta que el deudor abrumado cae en bancarrota.

Tal mecanismo de créditos financieros no crea un nuevo va-

lor real, ni siquiera nuevo capital. Esencialmente reubica el capital existente, ya que necesita círculos de deudores para sustituir a los que han quebrado, para así mantener el flujo de créditos y deuda. Estos procesos financieros pueden ser muy redituables para quienes se encuentran del lado de los acreedores de la ecuación.

La cadena de endeudamiento tiene, no obstante, un inconveniente desde el punto de vista del funcionamiento "normal" del sistema capitalista. A la larga agota la demanda real de cualquier tipo de producción y esto es un peligro tanto económico como político para el sistema, que necesita regresar al equilibrio, esto es, a una situación en la que se acumule capital principalmente a través de nueva producción. Schumpeter ha demostrado claramente cómo funciona lo anterior desde la perspectiva económica. Una invención se transforma en innovación, de la cual surge un nuevo producto líder que permite la renovada expansión de la economía-mundo.

El trasfondo político de esta transformación ha sido muy cuestionado. Parece necesitar de una clase trabajadora fortalecida en la lucha de clases. Podría exigir la disposición de una parte de la clase productora de acceder a este fortalecimiento del estrato trabajador —un sacrificio de utilidades individuales de corto plazo, con el interés de beneficios colectivos de la clase productora en el largo plazo.

Este patrón de expansión y contracción del capitalismo sólo es posible porque el capitalismo no es un sistema ubicado en un solo Estado, está incrustado en un sistema-mundo, por definición más grande que cualquier Estado. Si estos procesos ocurrieran en un solo Estado, no habría nada que le impidiera a quienes detentan el poder apropiarse del valor excedente, lo cual les eliminaría —o al menos les reduciría considerablemente— a los empresarios el incentivo de desarrollar nuevos productos. Por otra parte, si no hubiera estados dentro del rango del mercado, no habría manera de tener cuasimonopolios. Solo si los capitalistas están insertos en una "economía mundial" —que abarque a varios estados— los empresarios pueden buscar una acumulación ilimitada de capital.

Esto explica, pues, por qué tenemos ciclos llamados hegemó-

nicos, que son considerablemente más largos que los de Kondratiev. Hegemonía en una economía-mundo significa la capacidad de un Estado de imponer una serie de reglas al funcionamiento de todos los demás estados, de manera que exista un orden relativo en el sistema-mundo. La importancia del orden "relativo" es algo en lo que insiste la teoría de Schumpeter. Los desórdenes —entre estados y dentro de éstos, guerras (civiles), mafias que brindan protección, corrupción extendida oficial e institucional y delitos menores de uso común— también son reductibles para pequeños sectores de la población mundial, aunque entorpecen la búsqueda global para maximizar la acumulación de capital. En realidad, provocan la destrucción de gran parte de la infraestructura necesaria para mantener y expandir la acumulación de capital.

Por consiguiente, el que un poder hegemónico imponga un orden relativo resulta beneficioso para el funcionamiento "normal" del sistema capitalista como un todo. También es un gran beneficio para el propio poder hegemónico —para su gobierno, empresarios y ciudadanos—, aunque hay razones para dudar de que dichos beneficios para todo el sistema —y para el poder hegemónico— también beneficien a otros estados, a sus empresas y ciudadanos. En ello radica la tensión y la explicación de por qué resulta tan difícil y es tan raro alcanzar y mantener la hegemonía.

Hasta ahora, el patrón de ciclos hegemónicos ha sido que después de una muy destructiva "guerra de treinta años" entre las dos potencias que tienen la posibilidad de convertirse en la potencia dominante del sistema-mundo, una de ellas obtiene la victoria definitiva. En ese punto, un Estado combina en sus procesos económicos una marcada ventaja simultánea en las tres formas de la actividad económica: producción, comercio y finanzas. Además, como resultado de su fortalecida base económica y su victoria en la lucha, el Estado disfruta de una considerable ventaja militar. Y para rematar su posición dominante, afirma su predominio cultural, incluyendo la versión definitiva de geocultura —el concepto gramsciano de hegemonía.

Con esta combinación de preeminencia en todas las esferas del sistema-mundo, el poder hegemónico puede lograr sus ob-

jetivos, imponer su voluntad en casi todos los ámbitos y prácticamente todo el tiempo. Podríamos pensar que se trata de un cuasimonopolio de poder geopolítico. En un principio, este predominio hegemónico logra crear un orden relativo en el sistema-mundo y una relativa estabilidad. El problema radica, como en el caso de los cuasimonopolios de industrias líderes, en que los cuasimonopolios de poder geopolítico son autodestructivos, por diversas razones.

En primera instancia, siempre son los claros perdedores en una situación de relativa estabilidad. Comienzan a rebelarse de diversas maneras y, para contener las rebeliones, el poder hegemónico debe recurrir a la represión, a menudo de tipo militar. Esta represión suele ser, en un sentido inmediato, bastante exitosa. Pero el uso de la fuerza siempre trae aparejadas consecuencias negativas. Por un lado, la acción militar casi nunca es plenamente exitosa, lo que le plantea ciertos límites a la capacidad represora del poder hegemónico. Y esto tiende a alentar futuras muestras de desafío.

En segundo lugar, la represión tiene un precio para los ejércitos y otras instituciones del poder hegemónico. El costo en vidas —muertos y heridos— crece continuamente, al igual que el costo financiero. Lenta, pero seguramente, esto socava el apoyo popular para la represión, cuando los ciudadanos comienzan a percibirse claramente de las ganancias que conlleva su posición dominante —generalmente desproporcionadas para un subsector de la población— y de las pérdidas —usualmente para un subsector mucho mayor—. Como resultado, las autoridades del poder hegemónico comienzan a percibir restricciones internas a su capacidad de imponer el orden mundial.

En tercer lugar, otros estados, que se habían quedado rezagados en términos de fuerza geopolítica al inicio del periodo de predominio hegemónico, comienzan a recuperarse y a insistir en tener un papel geopolítico más significativo. El sistema-mundo comienza a alejarse de una situación de hegemonía indiscutible a una situación de equilibrio de poderes. Dado que se trata de un proceso cíclico, aparecen terceros que buscan ser los sucesores de este poder hegemónico. Pero es un proceso complicado y arduo, que explica por qué los ciclos hegemónicos son

mucho más largos que los de Kondratiev.² Por todo lo anterior, el poder hegemónico comienza a declinar lentamente.

Cabe subrayar un último elemento en esta descripción de los procesos constantes del sistema mundial moderno. Tanto los ciclos de Kondratiev como los hegemónicos son ciclos. Y no existen ciclos perfectos, en el sentido de que vuelvan a su punto de inicio. Esto se debe a que los periodos A de ambos ciclos significan crecimiento —en valor real, en el ámbito geográfico, en una mayor mercantilización—. Nunca es posible erradicar todo el crecimiento anterior en la fase B. Más bien, el regreso al equilibrio representado por la fase B es, en el mejor de los casos, una regresión parcial al sistema, lo que podría describirse como “estancamiento”, más que una regresión plena a la posición previa del sistema, conforme a cualesquiera de los factores que se tomen en cuenta en la medición.

Podríamos diagramar lo anterior como un efecto de escalada, dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás. Por ende, los ritmos cíclicos del sistema histórico crean un equilibrio oscilante, que se traduce en tendencias seculares ascendentes con relación a sus curvas principales. Si dibujamos esto sobre un plano, con el eje “y” o medición ordinal de los porcentajes de algún fenómeno y el eje “x” o de las abscisas para medir el tiempo, tenemos curvas que se mueven lentamente hacia sus asíntotas (100% de lo que se mide en el eje de las “x”). Conforme un sistema se acerca a estas asíntotas, se aleja gradualmente de su punto de equilibrio, ya que nunca es posible cruzar la asíntota. Tal parece que una vez que estas curvas llegan al punto del 80%, el sistema comienza a oscilar rápida y repetidamente, se vuelve “caótico” y se bifurca. Podemos decir que éste es el punto en el que el sistema ha llegado al inicio de su crisis estructural. Ahora intentaremos dar evidencia concreta de cómo ha ocurrido lo anterior en nuestro sistema histórico.

² Explico este proceso en “El concepto de hegemonía en una economía mundial”, en el prólogo a la edición de 2011 de *El moderno sistema mundial, II: El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, México, Siglo XXI, 2011, pp. xxiii-xxx.

EL MODERNO SISTEMA-MUNDO, DE 1945 A CIRCA 1970

La última gran batalla por la hegemonía fue entre Alemania y Estados Unidos, una lucha que comenzó más o menos en 1873 y culminó en una “guerra de treinta años” de 1914 a 1945. Con la “rendición incondicional” de Alemania en 1945, Estados Unidos quedó como el claro y reconocido vencedor en esta lucha.

Estados Unidos surgió de lo que conocemos como la segunda guerra mundial con una increíble fuerza económica. Su capacidad económica y competitividad ya eran muy fuertes antes del inicio de la guerra, pero con ella se acrecentó esta fuerza de dos maneras. Por una parte, las demás potencias industriales del sistema-mundo —desde Gran Bretaña, toda Europa, la Unión Soviética y Japón— sufrieron graves daños a su planta material. Además, debido a que la guerra aniquiló su producción agrícola, la mayoría también sufrió una grave escasez de alimentos en el periodo inmediato de posguerra. En cambio Estados Unidos, quien no sufrió daños físicos, pudo desarrollar aún más su base industrial y agrícola durante la guerra. No sólo las derrotadas potencias del Eje, sino incluso los aliados de Estados Unidos, buscaron su apoyo inmediato para la reconstrucción.

Podemos medir el grado de ventaja inicial de manera muy sencilla. En cualquier sector importante de la producción, durante los primeros 10 a 15 años después de 1945, Estados Unidos pudo vender sus productos en todos los demás países industrializados a costos más bajos —incluido el transporte— que los productores locales.

La única esfera en la que Estados Unidos no tenía una ventaja excesiva era la militar. La Unión Soviética tenía una gran fuerza militar y sus tropas ocupaban un amplio territorio en Europa central y del este, y el noreste de Asia —Manchuria y Mongolia interior, en China, la mitad norte de Corea y las islas Sakhalin y Kuril en el sur de Japón. Ciertamente en 1945 Estados Unidos tenía armas nucleares, pero esta ventaja había desaparecido para 1949.

Como resultado, si Estados Unidos quería desempeñar el papel de potencia hegemónica, tendría que llegar a ciertos acuer-

dos con la Unión Soviética y neutralizar su fuerza militar. Esto resultaba particularmente cierto dado que la presión política interna en el país condujo a una desmovilización bastante rápida de sus fuerzas terrestres en el mundo entero.

Mi argumento es que lo que siguió fue un "acuerdo" tácito entre Estados Unidos y la Unión Soviética, a lo que hemos dado el nombre metafórico de Yalta. Me parece que el acuerdo tenía tres componentes. El primero era la división de facto del mundo en dos esferas de influencia, que correspondían más o menos a la ubicación de las fuerzas armadas de cada uno de estos países al final de la guerra. Había un bloque soviético, que se definió desde la línea de los ríos Óder y Neisse en Europa central hasta el paralelo 38 en Corea—incluyendo a China continental hasta la derrota definitiva del Kuomintang por las fuerzas del Partido Comunista Chino en 1949.

Lo que en realidad acordaron observar Estados Unidos y la Unión Soviética era el derecho primordial—virtualmente exclusivo—de cada uno de decidir los asuntos en el interior de su respectiva esfera. Un elemento crucial de este acuerdo de facto fue que no habría intento alguno de modificar las fronteras establecidas por medios militares ni políticos. Después de 1949, el acuerdo se reforzó con el concepto de "destrucción mutuamente asegurada", ya que ambos lados tenían suficiente fuerza nuclear para responder a cualquier ataque y destruir al contrario.

La segunda parte del acuerdo tácito era la disparidad económica de facto de las dos zonas. Estados Unidos no ofrecería asistencia para la reconstrucción del bloque soviético. Su ayuda se limitaría a su zona—el Plan Marshall en Europa occidental; ayuda similar a Japón y, más tarde a Corea del Sur y Taiwán, en Asia oriental—. La ayuda estadounidense a sus aliados no era simplemente filantropía altruista. Necesitaba clientes para su floreciente industria y, al reconstruir la economía de estos aliados, los convertía en buenos clientes, además de sus fieles satélites políticos. La Unión Soviética, por su parte, desarrolló sus propias estructuras económicas regionales, que reforzaron el carácter autárquico de la zona soviética.

La tercera parte del "acuerdo" era negar que hubiera cualquier tipo de acuerdo. Cada lado proclamaba a voz en cuello,

en su particular estilo, que estaba enfrascado en una lucha ideológica total con el otro. A esto le llamamos la "guerra fría". No obstante, ésta siempre fue una guerra "fría". El propósito de tan sonora retórica no era en realidad transformar al otro, al menos no en un plazo muy distante, cuando el otro se derrumbara de alguna manera. En este sentido, ninguno de los lados intentaba "ganar" la guerra en el corto plazo. Más bien se trataba de quedar bien con sus satélites—a quienes llamaban por el eufemismo de "aliados"—para que siguieran una línea política muy estricta, como lo dictaban las dos superpotencias. Ningún lado apoyaría a las fuerzas rebeldes del campo contrario, ya que esto podría derivar en la disolución del primer acuerdo de un *status quo* militar entre las dos superpotencias.

Una vez logrado el *status quo* militar, Estados Unidos podría ejercer su predominio total, político y cultural, en el sistema mundial—con sus mayorías automáticas en las Naciones Unidas y otras múltiples instituciones transnacionales—. La única excepción era el organismo que controlaba los asuntos militares: el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde la capacidad de veto de cada una de las partes garantizaba el *status quo* militar.

El acuerdo funcionó muy bien en un principio, pero gradualmente el carácter autodestructivo del cuasimonopolio geopolítico comenzó a mostrar sus consecuencias. Los dos cambios geopolíticos más importantes en los dos decenios que siguieron a 1945 fueron revoluciones en el tercer mundo y la recuperación económica de Europa occidental y Japón.

Los que se denominaban entonces como países del tercer mundo—y que posteriormente comenzamos a llamar el Sur—tenían muy poco que ganar en el *status quo* geopolítico que las dos superpotencias intentaban imponer en el mundo. Algunos comenzaron a desafiar los acuerdos. El Partido Comunista Chino se negó a llegar a un acuerdo con el Kuomintang, como que-ría la Unión Soviética. Derrotaron al Kuomintang y tomaron el poder. El Viet Minh y el Viet Cong siguieron su propio camino, derrotando a los franceses y estadounidenses. Fidel Castro y su guerrilla llegaron al poder y casi volcaron el orden mundial en 1962. Los argelinos proclamaron su independencia para gran

pena —al menos inicialmente— del Partido Comunista Francés. Y Nasser logró apoderarse del canal de Suez.

Ni Estados Unidos ni la Unión Soviética estaban contentos con esta agitación. Cada uno se ajustó a su realidad de manera similar. Inicialmente cada lado insistió en una elección forzada de lealtades en la guerra fría, considerando, como dijera en su famosa frase el entonces secretario de Estado de Estados Unidos, John Foster Dulles, que “no hay neutrales”. No obstante, ambos lados consideraron necesario suavizar posteriormente su postura para complacer a quienes buscaban ser neutrales. En el proceso, la Unión Soviética “perdió” a China, y Estados Unidos pagó un alto precio económico y político con su guerra de Vietnam.

El otro cambio —que afectó a Estados Unidos más que a la Unión Soviética— fueron las consecuencias políticas de la recuperación económica en medio de la increíblemente expansiva fase A de Kondratiev. Hacia principios del decenio de 1960, ya no era cierto que Estados Unidos pudiera vender, por ejemplo, automóviles más baratos en Alemania o Japón que los productores locales. En realidad, comenzaba a ocurrir lo contrario. Los automóviles alemanes y japoneses entraban con éxito en el mercado estadounidense.

La nueva fuerza económica de los otrora satélites de Estados Unidos los convirtió en auténticos competidores en el mercado mundial. Para finales del decenio de 1960, Estados Unidos ya no tenía una ventaja económica significativa sobre sus principales aliados en la esfera de producción mundial, ni siquiera en comercio transnacional. La base de su hegemonía geopolítica comenzaba a fracturarse.

Después de 1945, el sistema mundial gozó de la mayor expansión de acumulación de capital que había conocido desde el inicio del moderno sistema-mundo durante el largo siglo XVI. Ambos ciclos fueron simultáneos y alcanzaron su punto de autodestrucción más o menos simultáneamente. A los grandes repuntes les siguieron las grandes recesiones. Y, durante el proceso, el sistema-mundo se alejó muchísimo del equilibrio como sistema histórico. Sus mecanismos de restauración parecían haberse forzado más allá de una posible reparación y el sistema entraba en una crisis estructural.

LA CRISIS ESTRUCTURAL, DESDE CIRCA 1970 HASTA ¿?

Dos acontecimientos cruciales contribuyeron a esta crisis estructural. El primero tenía que ver con las tendencias estructurales de largo plazo de la economía-mundo, que en adelante le harían extremadamente difícil a los capitalistas acumular capital interminablemente. La segunda se refiere a la coyuntura que marcó el final del predominio de los liberales de centro de la geocultura, lo que socavaría la estabilidad política del sistema mundial. Me referiré a cada uno de ellos.

A] *Tendencias estructurales de largo plazo*

¿Cómo es posible acumular capital de manera ilimitada en un sistema capitalista? El método básico, aunque no el único, es por medio de la producción, en la cual el productor-empresario conserva el diferencial entre el costo de producir la materia prima y el precio al que puede venderla. Mientras más bajos los costos y más alto el precio de venta, mayor será la utilidad, la cual puede reinvertirse.

Pero, ¿cómo puede maximizarse el diferencial entre costo y precio de venta? Hay dos elementos necesarios en este ejercicio. Para maximizar el precio de venta, debe existir un cuasimonopolio, un tema que ya hemos abordado. Lo que ahora analizaremos es cómo minimizar los costos. Comenzaremos con la realidad de que hay tres costos genéricos en cualquier proceso productivo: personal, insumos e impuestos.

El productor/propietario debe pagar tres niveles de personal: la mano de obra no calificada y semicalificada, la mano de obra calificada y los cuadros supervisores, y los directivos. Los costos de la mano de obra menos calificada suelen subir en los periodos A, ya que presentan exigencias colectivas al empleador con alguna forma de actividad sindical. Durante esta fase, los empleadores pueden hacer concesiones al personal menos calificado, ya que evitar huelgas o paros puede resultar menos costoso que incrementar los salarios. No obstante, a la larga estos costos se vuelven demasiado altos para

los empleadores, particularmente para aquellos de las industrias líderes.

Históricamente, la solución ha sido el éxodo de la fábrica, esto es, reubicarla en regiones donde "históricamente" los salarios son más bajos durante el periodo B. Aquí, los trabajadores son reclutados en lugares —generalmente del medio rural— en donde su ingreso real es incluso más bajo del que les ofrece la recién instalada fábrica —en un medio generalmente urbano—. Parecería ser una situación de ganar-ganar para trabajador y empleador. Después de cierto tiempo, empero, los trabajadores trasplantados conocen mejor su nueva situación y son más conscientes de sus bajos salarios en términos mundiales. Comienzan a participar en algún tipo de acción sindical y, tarde o temprano, el empleador se percata de que nuevamente los costos se han vuelto demasiado altos. La solución es un nuevo cambio de lugar.

Estos movimientos son costosos pero eficaces aunque, a nivel mundial, se da un efecto de escalada. Las reducciones nunca eliminan totalmente los incrementos. A lo largo de 500 años, este proceso reiterado ha agotado virtualmente los lugares a donde moverse. Y esto puede medirse por el grado de desruralización del sistema-mundo, que se ha elevado espectacularmente en los cincuenta últimos años y parece continuar a un ritmo acelerado.

El incremento en el costo de los cuadros supervisores es el resultado de dos consideraciones. Una, el aumento constante de unidades productivas exige más personal intermedio que las coordine. Y dos, los riesgos políticos derivados de una organización sindical reiterada de la mano de obra relativamente poco calificada se contrarrestan con la creación de un estrato intermedio más amplio que pueden ser tanto aliados políticos del estrato rural como modelos de una posible movilidad ascendente de la mayoría poco calificada, coartando así su movilización política. Pero sus salarios incrementan considerablemente el costo de personal.

El incremento en los costos de los altos directivos es el resultado directo de la mayor complejidad de las estructuras empresariales —la famosa separación entre propiedad y control—. Esto hace posible que los altos directivos se apropien de porciones cada vez mayores de los ingresos de la empresa, reduciendo lo

que reciben los "propietarios" —accionistas— como utilidades para reinvertir en la empresa. Este último incremento ha tenido dimensiones verdaderamente espectaculares en los decenios recientes.

El costo de los insumos también ha aumentado por razones análogas. Los capitalistas buscan externalizar tantos costos como puedan, una manera elegante de decir que no pagan como debieran los insumos que utilizan. Los tres principales costos que pueden externalizarse son la disposición de residuos tóxicos, la renovación de materia prima y la construcción de la infraestructura necesaria para transporte y comunicaciones. Durante la mayor parte de la historia del moderno sistema-mundo, externalizar estos costos se consideraba una práctica normal que rara vez preocupaba a las autoridades políticas.

No obstante, en las décadas recientes, el entorno político ha cambiado radicalmente. El cambio climático es un problema ampliamente discutido, como resultado de lo cual se ha extendido la exigencia de productos "verdes" y "orgánicos" y la anterior "normalidad" de la externalización es un recuerdo distante. La explicación respecto del nuevo debate político sobre la disposición de residuos tóxicos es muy sencilla. En el mundo se han agotado los espacios públicos donde tirar los residuos. El efecto de lo anterior es equivalente a la desruralización de la mano de obra mundial, la escasez de nuevos grupos de trabajadores potenciales con bajos salarios. El impacto en la salud pública se ha vuelto grave y obvio, con el consiguiente aumento de movimientos sociales que exigen limpieza y control ambiental.

En segundo término, la preocupación generalizada por los recursos renovables —otra nueva realidad política— se debe en gran medida al marcado incremento de la población mundial. Súbitamente, el mundo ha descubierto que la escasez de activos de diversos tipos es ya una realidad o está a punto de serlo: fuentes de energía, agua, bosques, peces y carne. El debate actual se refiere a quién es propietario de qué, quién usa qué, con qué propósitos se utilizan los recursos y quién paga por ello.

Tercero, el capitalismo como sistema necesita una infraestructura considerable. Los productos que se fabrican para la venta en el mercado mundial deben transportarse. La comuni-

cación es un elemento crucial en el comercio, y el transporte y la comunicación son hoy mucho más eficientes y veloces. Pero esto también significa un incremento importante de los costos. ¿Quién paga por ello? En el pasado, los productores, que son quienes más utilizan la infraestructura, sólo han pagado una parte pequeña del costo y el público ha pagado el resto.

Hoy se percibe una gran exigencia política para que los gobiernos asuman un nuevo papel directo para asegurar la descontaminación, la renovación de recursos y la expansión de la infraestructura. Para ello sería necesario que los gobiernos incrementaran los impuestos de manera significativa, lo cual no tendría sentido si las causas de las realidades negativas permanecen intactas. Esto significa que los gobiernos necesitarían insistir en que los empresarios internalicen más los costos. Tanto el aumento de impuestos, incluso más, el requisito de internalización de los costos reduciría drásticamente el margen de utilidad de las empresas —tema que subrayan constantemente los productores.

Por último, el sistema tributario en todas sus formas ha crecido en la historia del moderno sistema-mundo. Todos los niveles de gobierno necesitan cobrar impuestos, tanto para pagarle al personal como para brindar el nivel de servicios que se espera. También se ha extendido lo que podría llamarse contribución privada —tanto la corrupción de funcionarios de gobierno como las exigencias depredadoras de las mafias organizadas—. La contribución privada es un costo para el empresario, al igual que los impuestos del Estado. En la medida en que las estructuras gubernamentales han crecido, particularmente en los cincuenta últimos años, hay más gente a la cual sobornar. Y conforme crece la actividad económica mundial, hay más espacio de maniobra para las operaciones de las mafias.

Pese a ello, el incremento en el sistema tributario se ha debido principalmente a las luchas políticas de los movimientos antit sistémicos del mundo. Sus exigencias en los dos siglos pasados provocaron la democratización de la política mundial. Los movimientos populares han exigido fundamentalmente tres garantías básicas para la ciudadanía: educación, servicios de salud e ingresos de por vida. Las demandas han crecido constantemente en los pasados 200 años en dos sentidos: el nivel de los servi-

cios exigidos y, por ende, los costos; y los puntos geográficos de donde surgen las exigencias. Estos gastos son lo que llamamos el "Estado benefactor" —que hoy es parte de la política normal de prácticamente cualquier gobierno del mundo, aun cuando los niveles de lo que ofrece varían, sobre todo dependiendo del grado de riqueza de cada país.

Podríamos resumir lo anterior diciendo que los tres costos básicos de producción se han elevado constantemente y cada vez se acercan de tal manera a sus asíntotas que es imposible que el sistema recobre al equilibrio por medio de los múltiples mecanismos que se han utilizado en los pasados 500 años. Las posibilidades de que los productores logren una acumulación interminable de capital parecen llegar a su fin.

B] *Cambio cultural coyuntural*

La contracción de utilidades para los productores capitalistas ha venido acompañada de un colosal cambio cultural. Es el final del predominio del liberalismo de centro en la geocultura, que fue el origen y la consecuencia de la revolución mundial de 1968. La historia de esta revolución es en gran medida la de los movimientos antististémicos en el moderno sistema-mundo —su nacimiento, su estrategia, su historia hasta 1968, su importancia para la operación política del moderno sistema-mundo.

Durante el siglo XIX, la Vieja Izquierda, como llegaría a llamarse durante la revolución de 1968, consistía esencialmente en las dos variedades de movimientos sociales, el comunismo y la socialdemocracia, además de los movimientos de liberación nacional. Estos movimientos crecieron lentamente y con gran esfuerzo, sobre todo en el último tercio del siglo XIX y la primera mitad del XX. Durante largo tiempo, fueron débiles y bastante marginales pero, en el periodo de 1945 a 1968, cobraron gran fuerza en casi todas las regiones del sistema-mundo.

Parecería contraintuitivo que hubieran logrado tal fuerza precisamente durante el periodo tanto de expansión extraordinaria de la fase A de Kondratiev como de la cúspide de la hegemonía de Estados Unidos. No considero, sin embargo, que esto haya sido

fortuito. Recordemos que afirmé que los capitalistas no desean por ningún motivo padecer interrupciones en sus procesos de producción —huelgas, paros, sabotajes— cuando la economía mundial es floreciente, especialmente los capitalistas involucrados en los procesos más redituables, esto es, las industrias líderes. Dado que en ese momento la expansión era excepcionalmente redituable, los productores estuvieron dispuestos a hacer concesiones importantes a sus trabajadores en términos salariales, considerando que les resultaban menos costosas que las pérdidas ocasionadas por posibles interrupciones. Esto significó costos de producción en aumento en el mediano plazo, lo que se convertiría en un factor primordial para el debilitamiento de los cuasimonopolios hacia finales del decenio de 1960. La mayoría de los empresarios, como sucede siempre, calculan sus intereses en términos de utilidades en el corto plazo y son incapaces de predecir o controlar lo que podría pasar en, digamos, tres años.

La potencia hegemónica pensó en sus intereses de manera bastante similar. Su preocupación principal era mantener una relativa estabilidad en la arena geopolítica. La represión en la escena mundial en contra de los movimientos antistéticos parecía sumamente costosa. Siempre que fuera posible —y no siempre lo era— Estados Unidos favorecía una “descolonización” negociada, con un régimen que supuestamente sería más “moderado” en su política futura. Como resultado, llegaron al poder movimientos de liberación nacionalistas/nacionales en gran parte de Asia, África y el Caribe.

En los grandes debates internos de los movimientos hacia finales del siglo XIX —marxistas *versus* anarquistas en los movimientos sociales de los países industrializados, nacionalismo político *versus* nacionalismo cultural en los movimientos anticoloniales— los marxistas y los que favorecían una política nacionalista afirmaban que el único programa creíble era la llamada estrategia de dos pasos: primero tomar el poder y después cambiar el mundo. Para 1945, los marxistas y los nacionalistas claramente tenían la ventaja en los debates entre movimientos y controlaban a las organizaciones más poderosas.³

³ Ciertamente los “marxistas” se dividieron en dos facciones durante la Re-

La consecuencia de esta actitud relativamente permisiva de los megaconsorcios y el poder hegemónico fue que, hacia mediados del decenio de 1960, los movimientos de la Vieja Izquierda habían alcanzado su meta histórica de llegar al poder en casi todos los países. Los partidos comunistas detentaban el poder en la tercera parte del mundo, llamada entonces el bloque socialista. Los partidos socialdemócratas lo hacían en otro tercio del mundo —el mundo paneuropeo—. ⁴ Y, para 1968, en prácticamente todo el mundo habían llegado al poder.⁵

Al margen de cuán “moderados” resultaran al llegar al poder, el sistema-mundo se vio invadido, en ese momento, por el triunfalismo de todos estos movimientos. Sentían y proclamaban a voces que el futuro era suyo, que la historia estaba de su parte. Y los poderosos en el moderno sistema-mundo temieron que dichas afirmaciones fueran ciertas. Temían lo peor, aunque quienes participaron en la revolución mundial de 1968 no estuvieron de acuerdo. No consideraron la llegada al poder de los movimientos de la Vieja Izquierda como un triunfo, sino como una traición. En esencia, su postura era: podrán haber llegado al poder (paso uno), pero no han cambiado el mundo en absoluto (paso dos).

volución rusa, los socialdemócratas (o la Segunda Internacional) y los comunistas (Tercera Internacional). Sus diferencias no radicaban sin embargo en la estrategia de dos pasos, sino en cómo lograr el primero: llegar al poder. Para 1968, los socialdemócratas ya no se llamaban marxistas y los comunistas ya se autodenominaban marxistas-leninistas. En el caso de la mayoría de jóvenes que integraban los movimientos de la revolución mundial de 1968, este debate entre los seguidores de las dos Internacionales, tan importante para la Vieja Izquierda, resultaba casi irrelevante, ya que ellos menospreciaban ambas variedades de los movimientos sociales de la Vieja Izquierda.

⁴ Cabe recordar que, en ese tiempo, la política principal de los partidos socialdemócratas —el Estado benefactor— también había sido adoptada por los partidos conservadores, que básicamente peleaban por los detalles.

Considero que los liberales del *New Deal* en Estados Unidos eran una variedad de socialdemócratas que se negaron a utilizar esta etiqueta por razones peculiares de la historia política de su país.

⁵ La mayoría de los países latinoamericanos se independizaron durante la primera mitad del siglo XIX. Pero los movimientos populistas mostraron una fuerza análoga a los movimientos de liberación nacional en el aún formalmente mundo colonial.

Al escuchar detenidamente la retórica de los participantes en esta revolución mundial, ignorando las referencias locales —que, desde luego, eran diferentes de un país a otro— se observan tres temas en el análisis de los involucrados en los diversos movimientos, ya fuera en el bloque socialista, el mundo paneuropeo o el tercer mundo.

El primer tema se refería al poder hegemónico. Estados Unidos no se consideraba un garante del orden mundial, sino el señor del imperialismo, que se había extendido demasiado y se había vuelto vulnerable. La guerra de Vietnam se encontraba en su punto máximo y la ofensiva del Tet en febrero de 1968 se consideró el golpe de gracia de la operación militar de Estados Unidos. Y esto no era todo. Los revolucionarios acusaban a la Unión Soviética de colusión con la hegemonía estadounidense. Consideraban que la guerra fría era sólo una fachada. El tratado de Yalta sobre el *statu quo* de facto era la principal realidad geopolítica. Esta sospecha crecía desde 1956, el año de Suez y Hungría —en que ninguna superpotencia actuó en términos de la retórica de la guerra fría—. También fue el año de la plática “secreta” de Jrushov en el 20 Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, un discurso que anuló la retórica estalinista y muchas de sus políticas, lo cual derivó en una extendida “desilusión” entre los antes fieles.

El segundo tema concernía a los movimientos de la Vieja Izquierda, atacados por doquier por no cumplir sus promesas (el segundo paso) al llegar al poder. Los militantes afirmaban que, dado que no habían logrado cambiar el mundo, tendrían que repensar su fallida estrategia y sustituir a estos gobiernos por movimientos nuevos. Para muchos, la Revolución Cultural China fue el modelo a seguir —con su llamado a purgar a los “seguidores de la vía capitalista” que ocupaban los puestos clave del partido y el gobierno.

El tercer tema se refería a lo que podrían llamarse los olvidados —aquellos oprimidos a causa de su raza, género, etnia, sexualidad o cualquier otredad en sus posibles manifestaciones—. Los movimientos de la Vieja Izquierda habían sido jerárquicos, insistiendo que, en cualquier país, únicamente un movimiento podría ser “el” movimiento revolucionario, y que éste debía dar

prioridad a un tipo particular de lucha, la lucha de clases en los países industrializados —el Norte—, la lucha nacionalista en el resto del mundo —el Sur.

La lógica de su posición era que cualquier “grupo” que buscara una estrategia autónoma minaba la lucha prioritaria y, por consiguiente, era objetivamente contrarrevolucionario. Todos estos grupos debían organizarse dentro de la estructura jerárquica del partido y subordinarse a sus decisiones tácticas.

Los militantes de 1968 insistían en que las demandas de estos grupos por un trato igual no podían postergarse a un futuro, una vez que se “ganara” la lucha principal. Eran demandas urgentes y la opresión que combatían era tan importante como la de aquellos del grupo supuestamente prioritario en ese momento. Los olvidados incluían principalmente a las mujeres, a minorías socialmente definidas —raciales, étnicas, religiosas—, a personas de diversas tendencias sexuales, personas que daban prioridad a problemas ecológicos o a la lucha por la paz. La lista de personas olvidadas era interminable, la cual se ha ampliado desde entonces y sus integrantes se han vuelto más militantes. En aquel momento, los Panteras Negras en Estados Unidos eran un ejemplo destacado de este tipo de grupo.

La revolución mundial de 1968 —en realidad abarcó de 1966 a 1970— no logró la transformación política del sistema-mundo. En la mayoría de los países, el movimiento fue reprimido y muchos de sus integrantes abandonaron su entusiasmo juvenil con el paso de los años. No obstante, dejó un legado perdurable. Destruyó el discurso de los liberales de centro de que su versión de geocultura era la única legítima. Los exponentes de las ideologías verdaderamente conservadoras y verdaderamente radicales prosiguieron su existencia autónoma y comenzaron a seguir estrategias de organización y políticas autónomas.

Las consecuencias de este cambio cultural y político para el funcionamiento del sistema-mundo moderno fueron enormes. Cuando la capacidad de los capitalistas de alcanzar la acumulación interminable de capital entró en crisis, la estabilidad política del sistema-mundo moderno ya no pudo ser garantizada debido a la abrumadora fuerza del liberalismo de centro, que aseguraba un futuro mejor para todos, siempre y cuando se so-

metieran pacientemente a las sabias decisiones de los especialistas, quienes tenían la capacidad de lograr este mejor futuro en un tiempo incierto.

c] *Se desata el caos*

La revolución mundial de 1968 fue un enorme éxito político. La revolución mundial de 1968 fue un enorme fracaso político. Aunque pareció extenderse y florecer en todo el mundo, para mediados del decenio de 1970 se había extinguido prácticamente en todos los países. ¿Qué logró este incendio incontrolable? Bastante. El liberalismo de centro quedó destronado de su papel como la ideología gobernante del sistema-mundo moderno, la única ideología legítima de facto, y quedó reducida a sólo una entre muchas. Adicionalmente, los movimientos de la Vieja Izquierda fueron destruidos como movilizadores de cualquier tipo de cambio fundamental. El triunfalismo inmediato de los revolucionarios de 1968, liberados de la subordinación al liberalismo de centro, demostró ser poco profundo e insostenible.

La derecha mundial se liberó igualmente de cualquier atadura al liberalismo de centro. Aprovechó el estancamiento económico mundial y el colapso de los movimientos de la Vieja Izquierda —y de sus gobiernos— para lanzar una contraofensiva, que llamamos globalización neoliberal —en realidad, bastante conservadora—. Su principal objetivo era revertir los logros de los estratos más bajos durante el periodo A de Kondratiev. La derecha del mundo buscó reducir los principales costos de producción, destruir el Estado benefactor en todas sus versiones y detener el debilitamiento del poder de Estados Unidos en el sistema-mundo. La marcha constante de la derecha pareció culminar en 1989. El fin del control soviético sobre sus estados satélites en Europa central y del este, y el desmantelamiento de la Unión Soviética en 1991 provocaron un súbito y renovado triunfalismo de la derecha.

La ofensiva de la derecha mundial fue un gran éxito. La ofensiva de la derecha mundial fue un gran fracaso. Ante el advenimiento del estancamiento económico mundial en el decenio

de 1970 —fase B de Kondratiev— los grandes productores capitalistas desplazaron una gran cantidad de actividad productiva a nuevas zonas que parecían tener un “desarrollo” importante. Pero si bien las clases medias de estos países, cuyo número se expandía considerablemente, se vieron beneficiadas, la cantidad de acumulación de capital, vista desde una perspectiva global, no resultaba impresionante y no coincidía con lo que estos grandes consorcios habían podido acumular durante el periodo de 1945 a 1970.

Con el fin de mantener un nivel de apropiación masiva del valor excedente en el mundo, los capitalistas debieron volverse al sector financiero, lo que se ha denominado la “financiarización” del sistema-mundo. Como sugerí previamente, dicha financiarización ha sido una característica cíclica del sistema-mundo moderno desde hace 500 años.

Lo que sostuvo la acumulación de capital a partir del decenio de 1970 fue un cambio importante: en vez de buscar utilidades por medio de la eficiencia productiva, éstas se obtendrían a través de manipulaciones financieras, o en términos más correctos, especulación. El mecanismo principal de la especulación es alentar el consumo por medio del endeudamiento. (Esto es, desde luego, lo que ha ocurrido en cada periodo B de Kondratiev.) Pero esta vez la diferencia radicó en la escala y el ingenio de los nuevos instrumentos financieros utilizados para la actividad especulativa. El mayor periodo de expansión A en la historia de la economía-mundo capitalista fue seguido por la mayor manía especulativa.

No resulta difícil seguir los sucesivos blancos de endeudamiento, cada uno de los cuales produjo una burbuja que terminó por estallar. La primera gran burbuja fue el alza en los precios del petróleo inducida por la OPEP en 1973 y 1979, un alza inducida no por los integrantes radicales de la OPEP sino por Arabia Saudita y el Irán del sha, los dos principales aliados de Estados Unidos entre los integrantes de la organización. Se ha considerado de tiempo atrás, y con razón, que Estados Unidos fue quien alentó estas acciones.

En cualquier caso, las consecuencias financieras del alza en los precios del petróleo fueron claras. Gran cantidad de dinero

fluyó a las arcas de los países de la OPEP, lo cual tuvo un doble efecto negativo para los países no exportadores del Sur y del bloque socialista, quienes tenían que pagar más por el tan necesario petróleo y sus derivados, mientras que sus ingresos por exportaciones se redujeron debido a la recesión en América del norte y Europa occidental. Las dificultades para pagar estaban llevando a estos países al descontento social.

Debido a que los países de la OPEP no podían utilizar inmediatamente los ingresos excedentes, los depositaron en bancos occidentales, los cuales enviaron emisarios a los países del Sur y del bloque socialista para ofrecerles créditos que les permitirían aliviar las dificultades en la balanza de pagos; prácticamente todos aceptaron de inmediato. No obstante, les resultó sumamente difícil cumplir con el programa de pagos establecido por los bancos, lo que derivó en la llamada crisis de la deuda, que se hizo pública cuando en 1980 México declaró su insolvencia para cumplir con sus compromisos. En realidad se inició con la moratoria de Polonia, también en 1980, y las medidas de austeridad que impulsó el gobierno polaco para poder pagar la deuda impulsaron Solidarnosc.

En el siguiente grupo de deudores se encontraban los grandes consorcios que, a partir de 1980, emitieron los famosos bonos chatarra como una manera de resolver sus problemas de liquidez. Esto llevó a un grupo de voraces inversionistas a realizar adquisiciones, amasando fortunas y despojando a las empresas de su valor material. Para 1990 se observó el inicio del extendido endeudamiento individual, especialmente en el Norte, orillado por el uso desmedido de tarjetas de crédito y, posteriormente, por inversiones en bienes raíces. Durante el primer decenio del siglo XXI, el endeudamiento público en Estados Unidos había alcanzado un nivel inaudito, resultado de la combinación de los enormes costos de la guerra y la reducción en gran escala del impuesto sobre la renta. Con el colapso del mercado de vivienda en Estados Unidos en 2007, la prensa mundial y los políticos se enteraron de que había una "crisis"; también fueron evidentes los esfuerzos de "rescatar" a los bancos y, en el caso de Estados Unidos, de imprimir papel moneda. A esto le siguió el círculo cada vez más amplio de endeudamiento de los gobiernos, que

presión a todos los países a tomar medidas de austeridad para reducir la deuda gubernamental. Esta reducción deprimió de manera simultánea la demanda real.

Durante el primer decenio del siglo XXI se observó también la reubicación geográfica de la apropiación del capital. El surgimiento de los llamados países "emergentes", en especial los BRICS —Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica— es un tipo de reordenamiento lento de la jerarquía del moderno sistema-mundo que ya se había visto anteriormente. Sin embargo, supone que el sistema aún tiene espacio para nuevas industrias productivas líderes, algo que la generalizada contracción de utilidades parece contradecir. Más bien, el surgimiento de los BRICS ha significado el ensanchamiento del núcleo de personas que participan en la distribución del plusvalor mundial, lo cual, lejos de incrementar las posibilidades de la acumulación interminable de capital, las reduce, a la vez que intensifica, no conlleva, la crisis estructural del sistema-mundo. Aún más, las medidas de austeridad ahora tan extendidas están reduciendo la base de consumidores de las exportaciones de los BRICS.

El resultado financiero más probable de esta turbulencia económica será el final del dólar estadounidense como la moneda de reserva mundial seguido, no por otra moneda que desempeñe esta función, sino por un mundo con varias monedas que permitan fluctuaciones constantes en los tipos de cambio, lo cual favorecerá el congelamiento de la nueva actividad productiva.

Mientras tanto, y de manera simultánea, el debilitamiento de la hegemonía estadounidense se volvió irreparable después del efecto boomerang provocado por el fiasco político y militar del neoconservador y machista programa militar unilateral que emprendió el gobierno del presidente George W. Bush en el periodo de 2001 a 2006. El desenlace ha sido un mundo multipolar, en el que hay de ocho a diez centros de poder lo bastante fuertes para negociar con otros centros de autonomía relativa. Pero actualmente hay demasiados centros de poder, y una consecuencia de ello es la frecuente tentativa de realineamientos geopolíticos, en la medida en que cada uno de estos centros busca obtener las mayores ventajas. Mercados y monedas fluctuantes son, por ende, reforzadas por alianzas de poder fluctuantes.

La realidad básica es la imposibilidad de hacer predicciones, no sólo de mediano plazo sino también de corto plazo. Las consecuencias sociopsicológicas de esta imposibilidad de predecir han sido la confusión, el enojo, la denostación de quienes detentan el poder y, sobre todo, un serio temor que lleva a la búsqueda de opciones políticas antes inimaginadas. Los medios se refieren a ello como populismo, pero es mucho más complicado de lo que sugiere el término. Para algunos, el temor desemboca de manera irracional en buscar diversos chivos expiatorios. Para otros, en la voluntad de repensar supuestos profundamente imbricados en el funcionamiento del moderno sistema-mundo. Esto se observa en Estados Unidos en la diferencia entre el movimiento Tea Party y el movimiento Occupy Wall Street.

La preocupación más importante de cualquier gobierno del mundo —desde Estados Unidos hasta China, desde Francia hasta Rusia y Brasil, por no mencionar a gobiernos más débiles de la escena mundial— es la urgencia de evitar el levantamiento de trabajadores desempleados, unidos a las clases medias, cuyos ahorros y pensiones están desapareciendo. Una reacción de todos los gobiernos ha sido el proteccionismo —aunque lo nieguen rotundamente— ya que buscan obtener dinero en el corto plazo, como puedan y a cualquier precio. Pero como el proteccionismo es insuficiente para resolver el desempleo, los gobiernos también se han vuelto más represivos.

La combinación de austeridad, represión y búsqueda de dinero de corto plazo empeora aún más la situación mundial y ha provocado una paralización todavía más aguda del sistema. Esta paralización resultará, a su vez, en fluctuaciones más erráticas, haciendo las predicciones de corto plazo, tanto económicas como políticas, cada vez menos confiables. Y ello agravará el temor y la alienación populares. Se trata de un ciclo negativo.

d] *La lucha política por el sistema sustituto*

La interrogante actual que enfrenta el mundo no es la manera en que los gobiernos reformarán el sistema capitalista para renovar su capacidad de lograr realmente una acumulación inter-

minable de capital. No hay manera de lograrlo. La interrogante, por ende, es qué sustituirá a este sistema. Y esta interrogante es tanto para el 1% como para el 99%, en el lenguaje utilizado desde 2011. Desde luego, no todos están de acuerdo ni lo verbalizan de esta manera. Incluso, la mayoría de las personas siguen suponiendo que el sistema continúa con las viejas reglas, tal vez después de corregirlas. Esto no es un error, sólo que en la situación actual usar las viejas reglas sólo intensifica la crisis estructural.

Hay, sin embargo, algunos actores muy conscientes de la crisis estructural. Saben que aunque no podemos seguir manteniendo el sistema actual, podemos contribuir a decidir cuál camino de la bifurcación tomará el mundo, cuál será el nuevo sistema histórico que se construirá. Al margen de que lo reconocemos o no, vivimos en medio de una lucha por el sistema sucesor. Si bien los estudios de complejidad insisten en que el desenlace de esta bifurcación es intrínsecamente impredecible, las opciones entre las cuales elegirá el mundo son bastante claras y pueden esbozarse en términos amplios.

Un tipo de nuevo sistema estable es que éste conserve las características básicas del sistema actual: jerarquía, explotación y polarización. El capitalismo no es el único sistema que puede tener estas características, y el nuevo podría ser mucho peor que el capitalismo. La alternativa lógica sería un sistema relativamente democrático e igualitario, que nunca ha existido, y es sólo una posibilidad. Desde luego, ninguno de nosotros puede diseñar ninguna de las alternativas en detalle institucional. Este diseño irá evolucionando conforme el nuevo sistema inicie su vida.

Le he dado nombres simbólicos a las dos posibilidades: el “espíritu de Davos” y el “espíritu de Porto Alegre”. En realidad, los nombres no importan, lo que necesitamos analizar son las probables estrategias de organización que utilizará cada bando de esta lucha, que inició alrededor de 1970 y continuará con toda probabilidad hasta 2040 o 2050.

Las luchas políticas de una crisis estructural tienen dos características básicas. La primera es un cambio fundamental de la situación con respecto al funcionamiento “normal” de un sistema histórico. Durante su vida “normal”, existe una fuerte presión por volver al equilibrio. Esto es lo que lo hace “normal”. Pero

en una crisis estructural, las fluctuaciones son amplias y constantes, y el sistema se encuentra cada vez más lejos del equilibrio. Ésta es, por definición, la crisis estructural. Por consiguiente, sin importar qué tan radicales sean las “revoluciones” en tiempos “normales”, su efecto es limitado. En cambio, durante una crisis estructural, las pequeñas movilizaciones sociales tienen grandes efectos, lo que se llama el efecto mariposa, cuando la libre determinación prevalece sobre el determinismo.

La segunda característica políticamente significativa de una crisis estructural es que ninguno de los “espíritus” alternativos puede organizarse de manera que un pequeño grupo pueda determinar plenamente sus acciones. Son varios participantes, que representan diferentes intereses y creen en distintas tácticas de corto plazo, y la coordinación entre ellos resulta muy difícil. Aún más, los militantes de cada bando destinan bastante energía en persuadir al cada vez más amplio grupo de posibles adeptos de la utilidad de sus acciones. No sólo el sistema es caótico. La lucha por el sistema sucesor también es caótica.

Lo que podemos percibir hasta ahora son las estrategias que se han puesto en práctica. Los partidarios del “espíritu de Davos” están muy divididos. Un grupo está en favor de una dura represión inmediata y de largo plazo y ha invertido recursos para organizar una red de ejecutores armados que aplasten a la oposición. Pero hay otro grupo que considera que la represión nunca funciona en el largo plazo y favorecen la estrategia de Lampedusa, de cambiar todo para que nada cambie. Hablan de meritocracia, de capitalismo verde, de mayor equidad y diversidad y de tratar con mano suave a los rebeldes —todo con el ánimo de encabezar un sistema basado en una democracia e igualdad relativas.

Los partidarios del “espíritu de Porto Alegre” están igualmente divididos. Hay algunos cuyas tácticas para el periodo de transición reflejan su imagen del mundo que desean construir, en ocasiones llamado “horizontalismo”. En la práctica, buscan maximizar el debate y la búsqueda de un consenso relativo entre personas de orígenes divergentes e intereses inmediatos. Es una búsqueda para institucionalizar una descentralización funcional del movimiento y del mundo. Este grupo también ha subrayado

la realidad de lo que suele llamarse “crisis de la civilización”, con lo que en realidad se refiere al rechazo del objetivo básico del crecimiento económico, que desea sustituir por la búsqueda de un equilibrio racional de objetivos sociales que deriven precisamente en una democracia e igualitarismo relativos.

Unido en su contra está el grupo que insiste en que, en una lucha por el poder político, la organización vertical de algún tipo es un *sine qua non*, ya que de otra manera el grupo estaría destinado al fracaso. El grupo también subraya la importancia de alcanzar un crecimiento económico considerable en el corto plazo en regiones menos “desarrolladas” del mundo actual, con el fin de tener los medios que permitan redistribuir los beneficios.

Como se observa, el panorama no presenta una lucha sencilla de dos bandos sino una arena política con cuatro grupos. Y esto resulta muy confuso para todos. La confusión es a la vez intelectual, moral y política. Y refuerza la incertidumbre del desenlace. Por último, la incertidumbre incrementa los problemas de corto plazo del sistema actual. Tal incertidumbre resulta a la vez emocionante —la sensación de que la acción hace la diferencia— y paralizante —la sensación de inmovilidad ante la incertidumbre de las consecuencias de corto plazo—. Esto es cierto tanto para los beneficiarios del sistema actual —los capitalistas— como para el amplio sector de clases marginadas.

En resumen, el sistema-mundo moderno en el que vivimos no puede continuar porque se ha alejado demasiado del punto de equilibrio y a los capitalistas ya no les es posible acumular capital de manera ilimitada. Por otra parte, las clases marginadas ya no creen que la historia está de su lado y que sus descendientes necesariamente heredarán el mundo. Vivimos una crisis estructural de lucha por el sistema sucesor. Y aun cuando el desenlace es impredecible, podemos estar seguros de que uno u otro bando triunfará en las próximas décadas, con lo cual se establecerá un nuevo sistema-mundo —o un grupo de sistemas-mundo— razonablemente estables. Por el momento sólo podemos analizar las opciones históricas, hacer nuestra elección moral sobre el desenlace que preferimos y evaluar las mejores tácticas políticas para alcanzarlo.

La historia no está de parte de nadie. Todos cometemos errores al decidir cómo actuar y dado que el desenlace es inherentemente y no extrínsecamente impredecible, tenemos al menos 50 por ciento de oportunidades de lograr el sistema-mundo que preferimos. Y 50 por ciento no es poca cosa.

YA NO HAY ESCAPE: EL FIN DE LAS POSIBILIDADES DE EMPLEO PARA LA CLASE MEDIA

RANDALL COLLINS

Una debilidad estructural de largo plazo del capitalismo se está haciendo patente. Se trata del desplazamiento tecnológico de la mano de obra por maquinaria, que en los últimos veinte años ha tomado la forma de computadoras y tecnología de la información (TI). Este desplazamiento se está acelerando, amenazando la existencia de la clase media. Mi argumento no es muy original. Marx también hablaba de un mecanismo de desplazamiento tecnológico, basado en la maquinaria industrial, aunque su argumento se combinaba con otros mecanismos teóricos, incluyendo ciclos económicos, porcentajes de utilidad cada vez más bajos y, de acuerdo con las teorías neomarxistas vigentes, financiarización y crisis financiera. No obstante, lo que pretendo subrayar es que el proceso de desplazamiento tecnológico de la mano de obra, llevado al extremo, generará una crisis de largo plazo y posiblemente terminal del capitalismo, que no necesitará de otros factores ni de los demás procesos de las teorías marxista y neomarxista. Los ciclos económicos podrán ser imprecisos y borrosos en cuanto al tiempo y las variables en los alcances y la profundidad de sus altibajos, al igual que los ciclos de Kondratiev y las hegemonías a nivel global. A pesar de que las crisis financieras pueden ser eventuales y evitables con la política correcta, la crisis estructural de desplazamiento tecnológico trasciende ciclos y burbujas financieras. Es una amenaza profunda al futuro del capitalismo. Sí, hay crisis de corto plazo impulsadas por mecanismos financieros, cíclicos y de otra índole, pero mi enfoque se centra en un cambio estructural de largo plazo, que muy probablemente llevará al capitalismo a su fin en los próximos 30 a 50 años.

No quiero proclamar la pureza ni la autenticidad de la lección que le pedí prestada a Marx. Si es que la sociología actual cree